

El mundo en transición: China

Para el 2012 las 32 turbinas de la Presa de las Tres Gargantas estarán a pleno rendimiento, y el gran muro de 2 kilómetros de longitud y 185 metros de altura habrá terminado de contener las aguas del río Yangtzé, en el corazón de China. Se trata del proyecto hidráulico más grande de la historia y una demostración más de la capacidad de la nueva potencia para abordar proyectos de gran envergadura y de largo recorrido. Durante los casi 18 años que va a durar su construcción, las obras han desplazado a más de un millón de habitantes y el lago artificial resultante de la gran presa ha inundado 13 ciudades, 140 pueblos y 1352 pequeños poblados, que han quedado sepultados bajo una inmensa extensión de 600 km² de agua.

La obra culminará el sueño centenario de Sun Yat-sen, el emperador que instauró la República en 1911 y que ya incluyó la presa entre sus proyectos visionarios para la Gran China. La obra coronará además al país como el líder mundial en generación de energía hidroeléctrica y supondrá una metáfora ilustrativa de los retos a los que China se enfrenta en el futuro inmediato.

China aspira a convertirse en la potencia hegemónica del siglo XXI, como los EE.UU. lo fueron del siglo XX y Reino Unido del siglo XIX. Y para lograrlo tendrá que superar dificultades de rediseño interno de su propio proyecto, de conflicto con sus

vecinos y de desconfianza y rivalidad con sus más directos competidores. Los constructores de la presa en la zona más estrecha del cauce del Río Yangtzé tuvieron que revisar sus cálculos decenas de veces y aprendieron a incorporar las nuevas técnicas y materiales que fueron surgiendo en las casi dos décadas de la construcción; también tuvieron que soportar fuertes críticas de las poblaciones de la zona norte del cauce del río, muchas de las cuales terminaron siendo inundadas; y desde el principio sufrieron el recelo y el escrutinio de los ingenieros y las empresas constructoras del resto del mundo. Los retos a los que se enfrenta China durante la próxima década son de mucha mayor envergadura, pero de naturaleza similar. Explicaré uno por uno.

En primer lugar, China debe afrontar una transición económica y política de gran magnitud. La transición económica es necesaria por la propia evolución de su modelo productivo, y la política es deseable por los beneficios que reportará a la mayoría de la población y la seguridad que dará al resto del mundo. Sobre la transición económica que China debe abordar no se ha escrito apenas, desde luego no con la mínima claridad. Durante los últimos años solo se han mencionado las impresionantes tasas de crecimiento (cerca al 10% anual) del país, el aumento de la renta per cápita (que se ha multiplicado en dos décadas) y del espectacular crecimiento de la inversión y las exportaciones. En estos años, China ha sido capaz de inundar los mercados mundiales con sus manufacturas

de bajo coste, y con los beneficios obtenidos ha acumulado reservas y ha comprado títulos de deuda de los gobiernos occidentales (especialmente títulos del Tesoro Americano). También ha desembarcado en Latinoamérica y África para hacerse con las materias primas necesarias para mantener su fuerte ritmo de desarrollo, y ha terminado por convertirse en un actor económico mundial de referencia. Sin embargo, China es aún un país de renta media, y tarde a temprano tendrá que afrontar los desafíos propios de los países que aún deben transitar hacia el grupo de los países avanzados. Su renta per cápita es aún menos de la mitad que la estadounidense, y por consiguiente tiene problemas similares a los de otros países que deben culminar su terciarización. Como escribe Martin Wolf en *Financial Times* (15 de junio de 2011, pág. 11), la economía china debe cambiar su patrón de crecimiento para basarlo más en el consumo y menos en la inversión, más en el sector servicios y menos en el sector manufacturero.

Esta transición no es fácil. Otros países asiáticos como Japón, Corea del Sur, Taiwán o Hong Kong pasaron antes por un trance similar, aunque con ritmos y suertes distintas. El problema de China es que su modelo está mucho más desequilibrado hacia la inversión en capital fijo (no siempre sostenible sin ayudas públicas) y la población china no tiene la capacidad de tomar el relevo del crecimiento a base de consumo interno porque sus salarios están congelados desde hace tiempo.

Para que China modifique su patrón de crecimiento y lo concentre en el aumento del consumo de las familias, lo primero que tiene que ocurrir es que sus autoridades estén dispuestas a asumir los riesgos políticos que comportaría el aumento del bienestar personal asociado al aumento del consumo individual. Cuando grandes capas sociales comienzan a cubrir con facilidad los niveles de subsistencia y se extiende una gran clase media de consumidores, las demandas democráticas no tardan en aparecer. La evidencia histórica en otras partes del mundo es contundente en este sentido, y aunque la cultura política y económica china pueda ser diferente, las motivaciones humanas son básicamente las mismas en cualquier civilización. De momento, no hay movimientos significativos en esa dirección: los salarios no suben, las protestas en las fábricas se han "acallado", y las garantías democráticas siguen brillando por su ausencia. (Las únicas novedades recientes en el ámbito político son que el Partido Comunista Chino ha empezado a ensayar con fórmulas de democratización interna para la renovación de sus propias estructuras y ha accedido, en un gesto sin precedentes, a hablar con EE.UU. de derechos humanos.)

Junto a los retos económicos y políticos de carácter interno, China debe, en segundo lugar, hacer frente a los recelos que despierta en sus vecinos, que temen su poder con la misma intensidad con que dan la bienvenida a los efectos positivos que la expansión del gran dragón asiático tiene sobre sus

regiones. Los países de la zona aspiran a mantener un difícil equilibrio, consistente en maximizar el comercio con China al tiempo que dejan su seguridad en manos de EE.UU; este es el mejor encaje posible para ellos, dado que temen que sin la garantía del aliado norteamericano China pudiera ceder a las tentaciones propias del nacionalismo expansionista.

Para conjurar ese temor y demostrar que quiere ser un líder regional pacífico, China ha hecho más esfuerzos que el ámbito interno. Por ejemplo, durante la última década ha llegado a 17 acuerdos en las 23 disputas territoriales que mantenía con sus vecinos. Según Taylor Fravel, de MIT (*The Economist*, 4 de Diciembre de 2010-pg. 11), esos acuerdos han sido en general una demostración de generosidad china, ya que ha cedido más de la mitad de la tierra que le era reclamada. Al mismo tiempo, China se ha involucrado de forma activa en todos los foros regionales en los que están presentes sus vecinos en pie de igualdad, a pesar de la diferencia de tamaño entre China y el resto. Como consecuencia, China ha pasado de ser una potencia aislada a estar involucrada en más de 50 organismos multilaterales (con especial presencia en la ASEAN y en la APEC), ha firmado acuerdos de libre comercio con todos sus vecinos y también se ha convertido en un actor activo en más de 1.000 organismos internacionales de carácter no gubernamental. De momento, la política de vecindad amable ha logrado reducir algunos de los temores más irracionales, pero China aún tendrá que hacer muchos esfuerzos adicionales si

quiere lograr que sus vecinos dejen de tener como referente de seguridad en la zona a EE.UU. y acepten el liderazgo chino con normalidad.

Por último, y en relación con el reto anterior, el último y mayor desafío de China durante la próxima década será la consolidación de su relación bilateral con los EE.UU. Sobre esta cuestión se están pronunciando muchos especialistas en relaciones internacionales. Algunos recuerdan que las transiciones históricas de una potencia hegemónica a otra casi siempre se han producido tras una confrontación bélica entre la potencia que reclama el liderazgo (en este caso sería China) y la que no quiere cederlo (EE.UU). Sin embargo, los más optimistas señalan que la transición de poder mundial que se produjo del imperio británico a la actual hegemonía estadounidense en el siglo pasado es un ejemplo de transición pacífica y cooperativa, en la que los intereses comerciales mutuos jugaron un importante papel.

En el fondo, en EE.UU. se asume la inevitabilidad del liderazgo chino en el siglo XXI, pero se aspira a darle forma occidental para que pueda ser una fuerza de arrastre positivo y no una fuerza de confrontación negativa. China necesita la seguridad de que los EE.UU. nunca usarán su superioridad atómica contra ella, mientras que los EE.UU. necesitan la seguridad de que China será un actor protagonista constructivo en la escena mundial. Como recordó Obama en la última cumbre bilateral de ambos países, el liderazgo mundial acarrea

responsabilidades, y si China sabe ser un actor responsable en las áreas donde se juega el bienestar mundial (en la lucha contra el cambio climático, contra el terrorismo internacional, contra la piratería, y a favor de la estabilidad financiera y la salud de la población) encontrará mucha menos oposición norteamericana de la que en principio podría esperar.

En definitiva, aunque todos los analistas dan hoy por hecho que China será la gran potencia de referencia durante este siglo XXI, la realidad es que aún ha de superar dificultades estratégicas que pondrán a prueba su determinación transformadora y su voluntad de superación. Hay sobradas muestras de la abundancia de esas dos capacidades entre la población y la clase política china, pero ahora habrán de aplicarse en contextos mucho más amplios, que superan con creces la organización de los mejores Juegos Olímpicos de la historia o la construcción de la presa más grande del mundo. Lo que está en juego en los próximos años es la transformación interior y exterior de la economía y la política chinas. De su éxito o fracaso depende buena parte del futuro del mundo tal y como hoy lo conocemos.

AMY MARTIN